

La misión de Rusia en Asia

Ricardo Baeza¹

La profecía de Dostoiewsky, que trascibíamos en el artículo anterior², nos ofrece un doble interés: el secundario de comprobar, por los hechos presentes, hasta qué punto fué buen profeta el genial novelista ruso y el primordial de ver hasta qué punto también la actual política asiática de los Soviets corresponde al íntimo sentir del espíritu ruso, en lugar de constituir un artificio más de la ideología y la acción bolcheviques; realidad presente que nos permite imaginar la tremenda realidad que podría ser para el futuro una fusión de Rusia con Asia, con el organismo sovieta como director y organizador general, y con un plan de campaña unánime contra el capitalismo occidental y la supremacía europea. Y, puestos a imaginar, piénsese lo que, en un estado de cosas semejantes, podría ensombrecer la amenaza de una Alemania descontenta, vejada y con ansias a su vez de «revancha» contra este o aquel colega occidental.

Liubof Dostoiewskaya, en el libro que nos ha dejado sobre su padre³, pone un excelente esolío (que es, además, una de las mejores páginas de la obra) a la profecía de Dostoiewsky, que hubo de resultar poco menos que incomprendible a la mayoría de los intelectuales rusos de su época. La cosa, por otra parte, no tiene nada de particular, y es natural que la visión de Dostoiewsky encontrara a aquéllos rezagados. La profecía es un don de pocos, y es tradicional que el profeta no sea creído entre los suyos.

Liubof Dostoiewskaya, además, nos lo explica cumplidamente. La sociedad rusa, como es bien sabido, vivía a la sazón hipnotizada por Europa, con el anhelo exclusivo de llegar algún día a ser enteramente europea. La misma dinastía les daba ejemplo; los Romanoff, como eslavonormandos que eran (de esos normandos, tan caros a mademoiselle Dostoiewskaya), detestaban a los mongoles y tenían miedo de Asia. Así,

¹ Texto publicado en el diario *El Sol*, año XI, núm. 3.032, el 23 de abril de 1927, pág. 1. Se mantiene y se respeta la ortografía y la manera de transliterar del autor.

² Véase Ricardo Baeza: «Una profecía de Dostoiewsky», *El Sol*, año XI, núm. 3.030, 21 de abril de 1927, pág. 5. Con «la profecía», el autor se refiere a las palabras transcritas del último número de *Diario de un escritor*, en el que Dostoievski sostenía que el destino de Rusia estaba en Oriente y animaba a sus compatriotas a dirigir su mirada hacia Asia.

³ La biografía de la hija se publicó por vez primera en Europa en traducción alemana en 1920 y en el original francés en 1926. En español apareció en 1927 en versión de Huberto Pérez de la Ossa en la editorial Mundo Latino de Madrid con el título *Vida de Dostoiewski por su hija*.

los zares, que poseían palacio en varias ciudades de Europa, no tenían uno solo en Siberia ni el Asia Central, que casi nunca visitaban. Cuando los príncipes vasallos de Oriente venían a Petersburgo, se lo recibía cortésmente, pero con frialdad. Fieles a las tradiciones de Pedro el Grande, los Romanoff se esforzaban por aclimatar en Rusia las instituciones europeas. El Consejo Imperial, el Senado, la Duma, los ministerios y cancillerías, todo era un calco minucioso de los modelos europeos. Los colegios de señoritas imitaban a los conventos franceses, y las escuelas militares copiaban a las de Alemania. De unos y otras desterrábase todo lo posible el espíritu ruso, y el ideal de las personas «bien» era hablar un francés impecable.

Pero si los Soberanos rusos lograron europeizar, al menos aparentemente, la nobleza, no tuvieron el mismo éxito con el pueblo. Y apenas se vieron libres de su régimen europeo obligatorio, dedicáronse los rusos a poner en planta su política genuinamente rusa. Escasamente dos años después de la abdicación de Nicolás II era proclamado el coronel Semenoff gran duque de Mongolia, y los rusos abrían negociaciones con los emires de Afganistán y el Kurdistán, y los indios y los chinos enviaban sendas Delegaciones permanentemente a Moscou. La continuación, más reciente, sobre todo en su sector chino, bien claramente lo estamos viendo.

El hecho es, según Liubof Dostoiewskaya, tan apasionada de etnología, que la sangre eslava está decreciendo día por día en las venas de los rusos, en tanto que la sangre mongólica aumenta y late con mayor fuerza. La misma idea central de su fraternidad eslava comienza ya, perceptiblemente, a flaquear. En 1877, toda Rusia luchaba por libertar a Serbia y los búlgaros; en 1917, los soldados rusos acabaron arrojando las armas, indiferentes a la invasión y aplastamiento de Serbia por el enemigo. Verdad es que llevaban tres años de una guerra cruentísima y se veían envueltos en una creciente desmoralización administrativa; pero de todos modos el hecho merece tomarse en cuenta. El caso es –observa la señorita Dostoiewskaya, y los acontecimientos parecen darle la razón– que el pueblo ruso comienza a proyectar su interés y su simpatía hacia los mongoles. Hace medio siglo luchaban por arrancar a sus hermanos eslavos del yugo turco y austríaco, y soñaban con la posesión de Constantinopla como máximo ideal, como eje del futuro paneslavismo; hoy sueñan con libertar a sus nuevos hermanos, los pueblos orientales, de la opresión de Europa.

Las tribus asiáticas, a su vez, quizás se sientan atraídas hacia los rusos por su sangre mongólica. «Que Rusia extienda la mano –nos asegura Mlle. Dostoiewskaya–, y veremos con qué empeño la asen otras manos atezadas y amarillas. Los asiáticos llevan largo tiempo aguardando este ademán. Parecen ya cansados de su barbarie, y suspirando por la civilización, aspiran ya a desempeñar su papel en los destinos del mundo». Y aquí nos explica cómo la civilización que Occidente les ofrece es inasequible, por demasiado encumbrada, para ellos; ni pueden asimilársela ni pueden soportar el gestecillo sarcástico con que se les tiende. Los ingleses construyen canales y ferrocarriles en la India, es cierto; pero se niegan a mezclarse con la población indígena. Y nada tan ofensivo para el oriental como el desprecio, pues en parte alguna está tan desarrollado el sentimiento de la dignidad como en Oriente.

Rusia, en cambio, prosigue mademoiselle Dostoiewskaya, dará a Mongolia su cultura europea, que aún es muy grande, y fácil, por tanto, de asimilar. Y, mostrándose ya en esto la digna heredera del apóstol cristiano que, entre otras varias grandes cosas, fuera Dostoiewsky, añade: «Y, una vez barrido el ateísmo bolchevista, Rusia revelará y predicará el Evangelio a Mongolia». Al hablar así, siguiendo la tradición paterna, mademoiselle Dostoiewskaya se apoya también en la tradición histórica, que hizo que, en tiempos de los Zares y de los patriarcas moscovitas, la misión cristiana fuera considerada como el deber sagrado de Moscou. Pedro el Grande, suprimiendo el Patriarcado, puso fin a esta política moscovita; pero, realmente, ¿por qué los futuros patriarcas no podrían renovar el esfuerzo cristiano en Asia?

Tal, por lo menos, se pregunta mademoiselle Dostoiewskaya; sin contar, quizás, que para ello sería preciso, en primer lugar, que el organismo y la política gubernamentales permitieran la existencia y la acción de dichos patriarcas. Cosa de que, por el momento, parecen andar bastante lejos los actuales prohombres bolcheviques.

Por otra parte, es indudable que, puestos a elegir el medio de una acción común con Asia, en la optativa de una acción religiosa o una acción política y social, los Soviets, al escoger la segunda, se han decidido por la más rápida y eficiente. Seguramente, la fusión religiosa, aun dado que fuera posible, habría necesitado mucho más tiempo y más esfuerzo.

Sin contar que, aparte de las razones políticas y financieras internacionales, que levantan ya a todo Oriente contra Occidente ha habido otro factor que, fatalmente, habrá de facilitar el acercamiento de Rusia a Asia; a saber: el mismo credo económico y social de los Soviets, más cerca, al fin y al cabo, en su concreto comunismo marxista del vago comunismo asiático que éste del capitalismo europeo. Y a este respecto recuerdo las palabras que, hace poco más de cinco años, oí en Cambridge, de labios de Mr. Bertrand Russell, recién tornado de su viaje a China, en que el gran pensador británico exponía su esperanza de que los amarillos, y Asia en general, abandonados a sí mismos, pudieran encontrar una nueva forma de organización económica y social, tan alejada del comunismo como del capitalismo occidentales, y sin necesidad de haber pasado por las angosturas e injusticias de la estructura capitalista⁴.

El grado de realidad contenido en esta esperanza utópica de míster Bertrand Russell es cosa que un porvenir, más o menos lejano, ha de decir. Pero, aún mayor volumen sobre el horizonte del futuro, se nos aparece el fantasma de esta fusión de Rusia con Asia: fantasma posiblemente el más amenazador que se haya cernido nunca contra la supremacía de la raza blanca, y posibilidad que abre margen amplísimo a todos los temblores y arrestos de la imaginación...⁵

⁴ Baeza se refiere a las reflexiones de Russell tras su estancia en 1920 en Beijing, donde estuvo enseñando en la universidad durante un año, que aparecieron publicadas en formato libro en 1922 con el título *The Problem of China*. Una edición moderna, con introducción de Bernard Linsky, se puede encontrar en Routledge Classics, 2020.

⁵ Esta cuestión de Rusia y China Baeza la trata con más detalle en un artículo posterior con el título «El peligro “anaranjado”», *El Sol*, año XI, núm. 3.058 (24 de mayo de 1927), pág. 1. De interés es también en este contexto, el texto publicado años antes con el título «El amo de China», *El Sol*, año V, núm. 1.535 (18 de noviembre de 1921), pág. 1.